



las rentas que produjesen se mantuvieran el edificio, la tradicional y siempre encendida lámpara de aceite, y las obligadas funciones religiosas el día de la festividad de la Nuestra Señora, el de San Juan, el de Santa Marina y el de los Fieles Difuntos. En los comienzos del siglo XIX, en decadencia la religiosidad po-

pular y llevadas adelante diversas desamortizaciones de bienes eclesiásticos, la ermita de Monserrate se hallaba en estado ruinoso. La bóveda se estaba desplomando y con su empuje amenazaba la casa aneja, del sacristán y santero. Fueron dos hermanas, doña Ana y doña Bárbara de Luque y Hurtado, des-

endientes del fundador, quienes con sus limosnas y especialmente con el importe de la rifa de unos ricos salcillos, lograron lo suficiente para sustituir la citada por un cielo raso que la ermita mantuvo hasta su demolición en torno a 1978.

*Francisco López Salamanca,
cronista oficial de Lucena,
de la Real Academia de Córdoba.*

Nuevo Milenio

Miguel Molina Rabasco



A. Manjón

En diversas ocasiones he escrito sobre lo convencional de la medida del tiempo. El hecho de que, durante el corto pe-

riodo en que se desarrolla nuestra vida, haya permanecido inmutable la forma de designar los días, meses y años no significa que siempre haya ocurrido así; pero esta sensación de inmutabilidad, de que no puede ser de otra manera, tiene un efecto psicológico en todos nosotros. Por ejemplo, el término o comienzo de un año, generalmente, propicia determinadas acciones como pueden ser analizar los resultados de las actividades realizadas, programar las futuras con base en experiencias adquiridas y, en ocasiones,

algo más importante: reflexionar sobre nuestra propia vida y cómo la estamos haciendo. Porque, después de todo, como

indica un filósofo, vivir es un quehacer, una tarea inacabada. ...

Nos encontramos ahora próximos, casi a caballo, entre el final y el comienzo de un nuevo siglo, suceso no vivido por la mayoría, pero del que tenemos referencias por personas cercanas y conocidas, que si lo hicieron; lo que nadie nos ha podido contar, de viva voz, es el paso de un milenio a otro, Si conocemos algo de la sensación que produce, es por la historia y, dadas la lejanía del hecho, diferencias de cultura, creencias y modos de vida, nos sirve muy poco para el que llega. Aunque, pensándolo mejor, quizá no sean tantas las diferencias que nos separan de la gente de entonces y sólo nos distinguimos en simples matices; porque si la sociedad ha evolucionado mucho en conocimientos, el hombre, sin embargo, en lo sustancial, sigue casi igual: le mueven pequeñas ambiciones, es víctima de idénticas envidias, sigue alimentan-





do iguales rencores e intolerancias lo que ha convertido, al siglo que acaba, gracias a las evidentes capacidades de la tecnología actual, en el más sanguinario y destructivo de la Historia... Dos guerras mundiales de Apocalipsis, conflictos parciales interminables, crueldades inauditas surgidas de la locura contagiosa de nacionalismos, racismos, fanatismos religiosos o políticos y otros muchos «ismos», que han sembrado el terror, la tortura y la muerte como razón válida única para imponer sus ideas.



Foto: Rafa Burgos.

SAETA

Quisiera tener, Señor,
en esta pobre garganta
el trino del ruseñor
para postrarlo a tu planta,
Santo Cristo del Amor.



El Padre don Rafael Flores bendice nuestra casa-hermandad, en el día de su inauguración. Foto: Archivo Campanitas.

A NUESTRO PADRE JESÚS DEL AMOR

La medianoche fue aurora
y la plaza fue clamor;
por el pecho una oración,
por el aire una saeta,
y el corazón, flecha inquieta
que busca la salvación.
La medianoche fue aurora
y la plaza fue clamor;
la luna reja y canción
donde tu dolor se asoma
buscando vuelo y paloma
que anuncie la Redención.
La medianoche fue aurora
y la plaza fue clamor;
es que pasaba el Amor
haciendo la brisa aroma
al tiempo que en su corona
el espino se hacia flor.

Rafael Flores Morante
(Publicado en Gaceta Lucentina)

